



SÍ LO VIMOS (LEÍMOS) VENIR. PRESAGIOS LITERARIOS DE LA REVUELTA POPULAR. VIOLENCIA ESTRUCTURAL DEL NEOLIBERALISMO COMO MOTIVO DOMINANTE EN ZÚÑIGA, URIBE Y ARAYA

Yes, we saw it (and read it) coming. Literary omens of the popular revolt. Structural violence of neoliberalism as a main subject in Zúñiga, Uribe and Araya

José Rivera-Soto¹

¹ Universidad de Viña del Mar, Chile. Director de Investigación y Posgrados e investigador asociado del Centro Regional de Inclusión e Innovación Social jriverasoto5@gmail.com

RESUMEN

En este artículo indagaremos en Racimo, de Diego Zúñiga, Ejercicios de encuadre, de Carlos Araya Díaz, y en el relato 'Italia', del volumen de cuentos Quiltras, de Arelis Uribe, las huellas e interferencias que presagian las revueltas populares iniciadas el 18 de octubre de 2019, denominadas el 'Despertar de Chile'. Consideramos como detonante de las revueltas, la violencia estructural del neoliberalismo, modelo de desarrollo que ha generado en Chile altos grados de desigualdad y exclusión social, junto a un malestar social acumulado por décadas. Las tres obras a investigar, fueron publicadas por narradores nóveles durante el último lustro y, en ellas, la violencia estructural del neoliberalismo aparece como motivo dominante, específicamente, la relacionada a la discriminación a las mujeres que analizaremos desde una perspectiva interseccional-, y la producida por desigualdades de origen socioeconómico –que revisaremos en sus manifestaciones de marginalidad y clasismo–.

PALABRAS CLAVE: revuelta popular; neoliberalismo; Diego Zúñiga; Arelis Uribe; Carlos Araya Díaz.

ABSTRACT

In this article we will investigate in Racimo, by Diego Zúñiga, Ejercicios de encuadre, by Carlos Araya Díaz, and 'Italia', by Arelis Uribe, the traces and interferences that presage the popular revolts that began on 18 October 2019, called the 'Awakening of Chile'. We consider the structural violence of neoliberalism as a trigger for the revolts, a development model that has generated in Chile high degrees of inequality and social exclusion, along with decades-long social unrest. The three works to be researched were published by young writers on the past five years and, in them, the structural violence of neoliberalism appears as the main motive, specifically, that related to discrimination against women –which we will analyze from an intersectional perspective–, and that produced by inequalities of socioeconomic reason –which we will review in its manifestations of marginality and classism–.

KEYWORDS: popular revolt; neoliberalism; Diego Zúñiga; Arelis Uribe; Carlos Araya Díaz.

Fecha de Recepción

2020-03-31

Fecha de Evaluación

2020-05-26

Fecha de Aceptación

2020-08-28

DESIGUALDAD Y EXCLUSIÓN SOCIAL COMO VIOLENCIA ESTRUCTURAL EN EL NEOLIBERALISMO. EL ORIGEN DE LA REVUELTA

En la presente investigación, los sucesos ocurridos a contar del 18 de octubre de 2019 en todo el país, también denominados el ‘Despertar de Chile’, no serán considerados un ‘estallido social’, sino una ‘revuelta popular’. Siguiendo a Guillermo Pereyra (2012), esta consiste “en el rechazo a un orden de desigualdad sostenido en un desacuerdo y la exigencia del cumplimiento de las obligaciones que estructuran la comunidad, todo ello a través de manifestaciones colectivas que verifican el ser-en-común o el estar-juntos de la política” (p. 121). En la misma línea, Sergio Villalobos-Ruminott (s.f.) describe lo sucedido en Chile como una revuelta estudiantil que deviene “revuelta popular, entendiendo lo popular en su condición heterogénea y no identitaria”, y que logra “la puesta en práctica de las capacidades de autoorganización de diversos sectores de la sociedad” (p. 7).

Como señala Villalobos-Ruminott, el ‘Despertar de Chile’ se inicia como desobediencia civil de un grupo de estudiantes secundarios, debido al alza del transporte público capitalino, pero deviene en una masividad y transversalidad que la convierte en la mayor revuelta popular desde el advenimiento de la democracia, en 1990.

Múltiples especialistas han expuesto que, más allá de la demanda puntual por el valor del pasaje del Metro, el detonante de la revuelta popular parece ser la violencia estructural que genera el neoliberalismo, expresada en altos niveles de desigualdad y exclusión social. Así lo establece el economista José Miguel Ahumada (2020) quien comenta que “la vorágine de publicaciones, artículos, libros flash” de “estos meses intentando dar explicaciones del octubre 2019”, tienen “curiosamente, una hipótesis común”: una crisis gatillada por un capitalismo “de carácter rentista y ‘de amigos’ cuya característica fundamental es la acumulación de ganancias extraordinarias restringiendo la competencia, formando nichos cautivos de mercado y realizando grandes colusiones entre empresarios” (p. 18).

Tomando a James Robinson, coautor de *Por qué fracasan los países*, Ahumada (2012) establece “que el gran problema del desarrollo chileno es de carácter social y lo que estaría detrás del descontento sería la muralla que separa la elite de la población y que refuerza el carácter endogámico de la primera”, levantada a través de “un circuito educacional exclusivo y excluyente que restringe las chances de escalar socialmente al resto de la sociedad, sosteniendo una desigualdad de carácter estructural y fuente de acumulación de malestar” (p. 18). Ahora apoyado en Luis Zingales, académico en la Universidad de Chicago y coautor del libro *Salvando al capitalismo de*

los capitalistas, Ahumada (2012) refiere que “el capitalismo construido en Chile fue ‘de amigos’, basado en fuertes conexiones entre élites económicas –ansiosas de ganancias extraordinarias y reacias a la competencia– y la elite política”, que se coludieron “en diversos mercados (papel, farmacias, pollos, pañales), aseguraron derechos exclusivos de propiedad (agua, litio, etc.) y corrompieron al sistema político (financiamiento ilegal) a partir de las rentas acumuladas por las privatizaciones de la dictadura” (p. 19).

Las complicaciones del modelo de desarrollo chileno, de este modo, obedecerían a cuestiones de carácter estructural, alojadas en las bases mismas del tipo de capitalismo instalado durante la dictadura militar. No extraña, entonces, que el neoliberalismo produzca también una violencia de índole estructural. Es menester aquí diferenciar la “violencia directa, visible, con un agresor” determinado y que inflige un daño constatable, de aquella violencia intangible que se nomina estructural pues obedece, precisamente, a “los procesos de estructuración social”, comprendiendo desde las normas y sentidos que organizan el sistema social y sus instituciones, en lo macro, hasta las dinámicas familiares y “las interacciones interindividuales”, en lo micro, teniendo “efectos negativos sobre las oportunidades de supervivencia, bienestar, identidad y/o libertad de las personas” (La Parra y Tortosa, 2003, p. 60).

Como indican García-González y Fernández de la Reguera (2017):

la violencia estructural, se presenta en las instituciones sociales y no es perceptible, sino que se asienta en nuestras sociedades de manera silenciosa, ubicándose en las estructuras, en los imaginarios colectivos y en las formas de conducta tradicionales. (p. 81)

En Chile, la expresión más visible y perjudicial de la violencia estructural es la desigualdad y exclusión social, como indica el informe de un organismo internacional y la propia experiencia del ‘Despertar de Chile’. Veamos.

En 2017, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD, publicó un estudio de la realidad chilena donde define la desigualdad:

como diferencias en dimensiones de la vida social que implican ventajas para unos y desventajas para otros, que se representan como condiciones estructurantes de la propia vida, y que se perciben como injustas en sus orígenes o moralmente ofensivas en sus consecuencias, o ambas. (Cociña, 2017, p. 62)

Estas desigualdades se traducen en algo concreto: distintas formas de exclusión social, desplegada contra colectivos específicos de la población que se transforman en minorías y grupos vulnerables. El concepto minoría, eso sí, no lo entenderemos cuantitativamente, sino en:

referencia a un contexto social o jurídico-político/institucional más amplio, que define los cánones de normalidad/desviación y (dis)valora históricamente esas características diferenciales, produciendo la minoría, minorizando al grupo en cuestión. (De Luca citado en Pérez de la Fuente, 2003, p. 325)

De modo sumario –en el análisis de las novelas y cuentos profundizaremos–, podemos mencionar las desigualdades de origen socioeconómico, que se han expresado en la exclusión de personas en situación de pobreza y de capas medias precarizadas; las desigualdades producto del género y la orientación sexual, que han derivado en exclusión y minusvaloración de mujeres y minorías LGTBI+; las desigualdades culturales, que redundan en la exclusión de migrantes y falta de autonomía y autodeterminación de pueblos indígenas; las desigualdades territoriales que se manifiestan en la exclusión de poblaciones que viven en zonas rurales, provincias o periferia en contextos metropolitanos; las desigualdades que se generan a partir de la división social del trabajo, que lleva a la exclusión de aquellos cuerpos que no son productivos, como niña, niño y adolescente, personas en situación de discapacidad, personas privadas de libertad y adultos mayores.

Las imágenes que dejó el ‘Despertar de Chile’ refuerzan esta idea: niñas, niños y adolescentes uniformados evaden el Metro; la bandera Mapuche se transforma en un ícono de las revueltas; en todo Chile, se derriban monumentos y estatuas colonialistas; la *performance* feminista ‘Un violador en tu camino’, del colectivo LasTesis, irrumpe a nivel local y global; se denuncian abusos sexuales contra jóvenes gays y mujeres por parte de Carabineros; los detenidos en saqueos en Valparaíso resultan ‘usuarios’ de SENAME; se suceden las marchas en sectores de estratos medios y altos, como Las Condes, Providencia y Ñuñoa; se inicia el debate constitucional con exigencia de paridad de género, listas de independientes, escaños reservados para pueblos indígenas y cuota para personas en situación de discapacidad.

Con estos presupuestos a la vista, nos proponemos indagar la presencia de la violencia estructural del neoliberalismo, como motivos dominantes en *Racimo* (2014), de Diego Zúñiga (1987), el relato ‘Italia’, del volumen de cuentos *Quiltras* (2016), de Arelis Uribe (1987) y la novela *Ejercicios de encuadre* (2014), de Carlos Araya Díaz (1984).

Nos enfocaremos, específicamente, en las desigualdades de género, desde una perspectiva interseccional, y de las desigualdades socioeconómicas, con sus manifestaciones en pobreza, capas medias precarizadas y clasismo.

VIOLENCIA ESTRUCTURAL, POLÍTICA Y SIMBÓLICA EN RACIMO, DE DIEGO ZÚÑIGA. UNA LECTURA DESDE LA INTERSECCIONALIDAD

El análisis de *Racimo*, de Diego Zúñiga, tendrá como eje la desigualdad y exclusión social por género, desde la perspectiva teórica y metodológica de la interseccionalidad. Eso nos permitirá apreciar cómo esa dimensión –el género– se intersecta con otras, como pobreza, edad, inequidades territoriales o la violencia contra los cuerpos no productivos, amplificando los niveles de discriminación hacia las niñas y jóvenes mujeres que aparecen en la obra.

Como señala La Barbera (2016), muchos investigadores coinciden en que el concepto de interseccionalidad es “una de las contribuciones de la teoría y praxis feministas más importante de los últimos veinticinco años” (p. 106). Desde la formulación inicial de Kimberlé Crenshaw (1989), “se ha desarrollado y elaborado en distintas maneras” que han “permitido reconocer la complejidad de los procesos formales e informales que generan las desigualdades sociales” (p. 106). Lejos de ser solo “una palabra extraña y complicada para referirse a la tríada género-raza-clase”, la noción hace un nuevo énfasis en el debate de las desigualdades y la exclusión social: “la constitución mutua y simultánea de discriminaciones y privilegios en base al género, la orientación sexual, la etnia, la religión, el origen nacional, la (dis)capacidad y la situación socio-económica” (p. 107). La teoría descrita por Crenshaw (1989) sostiene la existencia de “tres niveles interconectados de interseccionalidad: el estructural, el político y el representacional o simbólico” (p. 112), que estudia a partir de la discriminación a mujeres afroamericanas. El estructural releva que ellas “se encuentran en el cruce entre diferentes sistemas de subordinación y que, por lo tanto, sufren una situación de discriminación distinta a la de las mujeres blancas y de los hombres afroamericanos”, por lo que se debe “considerar en qué medida el racismo amplifica el sexismo y en qué medida la homofobia amplifica el racismo”; en cuanto a lo político, la interseccionalidad logra visibilizar, por ejemplo, si “el discurso feminista marginaliza a las minorías étnicas o a las mujeres con (dis)capacidad”, y cómo “los instrumentos adoptados para garantizar la igualdad de género desempoderan a las mujeres migrantes”; por último, en el plano simbólico o representacional, hace viable “explorar la construcción cultural de los sujetos subordinados, considerando en qué medida el discurso público y los medios de comunicación (re)producen su situación de desventaja” (p. 112).

Kimberlé Crenshaw (2012) establece que su objetivo era demostrar que las discriminaciones a que están sometidas “las mujeres Negras no están delimitadas por los márgenes tradicionales de la discriminación racial o de género” (p. 89), sino que se suman “otras formas de dominación

cotidianas, que aparecen como capas múltiples, que a menudo convergen en las vidas de estas mujeres” (p. 91). En el ejemplo que revisa, Crenshaw (2012) constata que, junto a la condición de afrodescendientes, estas mujeres “se enfrentan a la pobreza, la responsabilidad del cuidado de niños y niñas, y la falta de habilidades laborales. Estas cargas, para las mujeres de color son consecuencia de las opresiones de género y clase, e incluyen prácticas discriminatorias raciales en el empleo y la vivienda” (p. 91). En ellas, en sus experiencias, se “intersectan las diferentes estructuras, donde la dimensión de clase no es independiente de la de raza o género” (p. 91). Estas “intersecciones de raza, género y clase constituyen los elementos estructurales primarios” (p. 92) que, para el caso de las latinas, suman el ser minoría cultura, el idioma y la ilegalidad. En esta concepción, nos refiere Crenshaw (2012), “la teoría postmoderna ha sido tremendamente útil” al instalar la raza o el género como cuestiones “socialmente construidas” (p. 116) que “promueven y crean jerarquías sociales” (p. 117). Con ello, alude a la efectividad teórica y discursiva con que dichos autores han problematizado la idea de “Verdad (con mayúscula) en la posmodernidad” (p. 100), desplazando los “criterios y categorías en apariencia ‘superiores’, ‘verdaderas’ y ‘fiabiles’” (p. 103) que estructuraron la Occidente desde la Ilustración, y recalcando “las principales características que impregnan el ambiente crepuscular de los universales modernos” en nuestra propia época, donde esos “valores fundacionales” son puestos “en tela de juicio tras el derrumbe de los metarrelatos, la instrumentalización de la razón y los horrores de las ideologías totalizadoras del siglo XX” (p. 114).

La novela *Racimo* (2014) es la segunda entrega del escritor y periodista iquiqueño Diego Zúñiga, que antes publicara *Camanchaca* (2009). Está inspirada en los brutales crímenes contra mujeres en Alto Hospicio, región de Tarapacá, en el extremo norte de Chile, sucedidos en los años de gozne entre un siglo y otro, caso que se cerró en 2004, con Julio Pérez Silva –apodado el ‘Psicópata de Alto Hospicio’–, como único culpable.

Zúñiga (2014) maneja la historia para que, siendo reconocible, tenga un evidente estatus de ficción novelesca. Para ello, modifica los nombres reales y pone en escena un personaje protagónico, el fotógrafo Torres Leiva, santiaguino que llega a emplearse en un diario iquiqueño, y otros secundarios, como el periodista García, su compañero de ruta y a la sazón Testigo de Jehová, y Ana Figueroa, agente de la Policía de Investigaciones.

Será Torres Leiva quien vea a una niña vestida de escolar desvaneciéndose en plena carretera, con “un corte en la cabeza y el jumper del colegio lleno de tierra”, mientras por “sus piernas corre un hilo de sangre” (Zúñiga, 2014, p. 38). Tras llevarla al hospital, el fotógrafo se entera, por el parte médico, que la niña se llama Ximena y “está en coma, tiene un TEC cerrado, todo

indica que ha sido abusada, el pronóstico es reservado” (Zúñiga, 2014, p. 45). Luego de esos incidentes, Torres Leiva empieza a tirar de la hebra para desenredar la enigmática madeja que le ha confidenciado Ana Figueroa: “hay unas niñas desaparecidas, unas niñas que iban en el mismo colegio que Ximena, en Alto Hospicio, y que desaparecieron hace años” (Zúñiga, 2014, p. 77). Los propios Carabineros, sin embargo, han esparcido el rumor de que las niñas escaparon, decidiendo dejar “la vida miserable” por “la posibilidad de cambiarlo todo” (Zúñiga, 2014, p. 112). Eso los transforma en sospechosos: dada su incapacidad para dar con el paradero de las niñas, su actitud frente a las desapariciones, más que negligencia, parece querer esconder que ellos –o sus superiores– están involucrados en los delitos.

Existen dos vuelcos en la novela. Uno, cuando el protagonista se entera que “Ximena despertó” (Zúñiga, 2014, p. 190), lo que permite que la niña describa lo que le sucedió, entregando una explicación convincente y un culpable específico que, de paso, resuelve todas las desapariciones ocurridas hasta la fecha. Dicha versión –que coincide con la verdad jurídica del caso que inspira la novela–, llega cuando quedan cincuenta páginas de narración. El segundo vuelco se aloja en una sola oración: “Todo eso es mentira, dijo ella” (Zúñiga, 2014, p. 207). Su importancia está señalada por destinarse, para este simple texto de seis palabras, uno de los cinco capítulos del libro, en un juego de estructuras que sirve para que, en el capítulo siguiente, se desarrolle una versión alternativa de las desapariciones: la trata de blancas.

Los trabajos críticos, cónsonos a nuestra propuesta, ponen en diálogo a *Racimo con Chicas muertas* (2015), de Selva Almada (1973), y *2666* (2004) de Roberto Bolaño (1953-2003), como novelas sobre “la violencia de género, y más específicamente, el femicidio” (Van Hoey, 2019, p. 9) que suceden en lugares “dañados por la explotación económica” que se transforman en “regiones atravesadas por el horror” (González y Candia-Cáceres, 2017, p. 79).

Los secuestros, violaciones y asesinatos de las niñas y adolescentes de la novela, quienes crecieron en contextos carenciados, con situación de pobreza extrema, en sectores marginalizados de la provincia y cuyas desapariciones fueron negadas como tales e interpretadas como huidas voluntarias para prostituirse en otros países, representan, quizás de manera tristemente ejemplar –especialmente, por su correlato en una historia verídica–, “la constitución mutua y simultánea de discriminaciones y privilegios” (La Barbera, 2016, p. 107) que es factible develar a través del enfoque de la interseccionalidad.

La novela describe como desigualdad y exclusión social fueron labradas durante toda la vida de las niñas. Nos dice que las “unía el liceo y, en la mayoría de los casos, una población –La Negra– en la que nacieron y crecieron, a un costado de Alto Hospicio” (Zúñiga, 2014, p. 105), en medio del desierto, cerca de “basurales clandestinos”. Se trataba de “[u]na toma de cientos de personas que no tenían dónde ir vivir” y que levantaron su ciudad con “unos palos de madera y la voluntad de cambiar sus vidas” (Zúñiga, 2014, p. 105). La vulnerabilidad era acentuada por las dinámicas de las ausencias: en su crianza, en sus expectativas, en sus confianzas. El narrador las describe así:

Las niñas vieron cómo sus padres trabajaban todo el día en lo que fuera para llegar en la noche, solamente, a dormir. No hablaban con ellos, no había tiempo ni ánimo. Eso lo entendieron desde muy chicas. La infancia se acabó muy rápido, pero no alegraron nunca, no correspondía. Luego vino el liceo y se dieron cuenta, muchas de ellas, de que la vida era eso y nada más. (...) Aprendieron, también, más rápido que nadie a desconfiar: de sus compañeros, de sus hermanos, de sus padres, de sus madres, del vecino que las miraba mucho y del hijo del vecino que a veces las invitaba a salir. (Zúñiga, 2014, p. 106)

En el caso de Ximena, la niña que Torres Leiva encuentra en la carretera al inicio de la narración, esas ausencias eran concretas. Su madre “se había ido con un hombre, con quien formó una nueva familia. Nunca más se hablaron. (...) Nunca preguntaba por Ximena. Y Ximena, en un momento, también aprendió a no preguntar por ella” (Zúñiga, 2014, p. 119). Su prima, Daniela, también había desaparecido, como lo haría ella más tarde. A modo de justificación, los Carabineros habían insinuado aspectos oscuros de la vida de su prima: cosas “sobre sus amigos, sus pololos, sobre la supuesta relación que tenía con un profesor del liceo y con un conductor de camiones que la visitaba todos los fines de mes”, y, por supuesto, “que estaba embarazada cuando desapareció” (Zúñiga, 2014, p. 114).

Los fragmentos textualizan una intersección sincrónica de discriminaciones que, al darse simultáneamente, se potencian unas a otras, se entrecruzan para generar desigualdad y exclusión social basadas no solo en el género, sino también en la clase, en la edad, en el lugar donde residen, en carencias de la crianza, en las responsabilidades asumidas tempranamente, en la falta de expectativas que tienen ellas y su entono. La tradicional discriminación por género, de este modo, presenta cruces con otras estructuras y se hace multidimensional, sumando la dimensión socioeconómica, ocupacional, etaria y territorial, ninguna de las cuales puede ser comprendida de manera independiente.

La novela también verifica los “tres niveles interconectados de interseccionalidad: el estructural, el político y el representacional” (La Barbera, 2016, p. 112).

En lo estructural, como acabamos de mencionar, las niñas están en la intersección de “diferentes sistemas de subordinación” (La Barbera, 2016, p. 112), de estructuras que permiten una discriminación amplificada respecto a la padecen, en un ejemplo concreto, niñas y jóvenes de estratos socioeconómicos altos que habitan en áreas metropolitanas. La novela ayuda a advertir cómo los sesgos de clase, edad, territoriales, de crianza, de desarrollo de potencialidades, incrementan los rasgos propios de la discriminación contra las mujeres, ya de por sí intensa en Latinoamérica.

Como dijimos, Zúñiga (2014) esboza un final distinto al que determinó la justicia en el caso real, narrado después de la oración/capítulo: “Todo eso es mentira, dijo ella” (p. 207). A partir de ahí, nos introduce a los grados más extremos del nivel estructural. La mujer que dice esa frase es una de las niñas de Alto Hospicio que fue secuestrada y abusada. Ahora es adulta y está dispuesta a contar su historia a García. Él le relata a Torres Leiva su escabroso periplo siendo todavía una niña, luego del plagio y la violación de sus captores:

Pasó varios días ahí hasta que unos hombres la doparon y la sacaron del país. Primero estuvo en Tacna, luego en Santa Cruz, Bolivia, después regresó a Perú y se quedó ahí por una cantidad de años que aún hoy le cuesta calcular. Porque en un momento perdió el sentido del tiempo. Pasaba encerrada en casas donde la obligaban a acostarse con distintos hombres. Trabajó en varios prostíbulos. Vivió profundamente drogada todos esos años, afuera del mundo. Aprendió que eso era lo mejor: dejar que los días pasaran sin darse cuenta. No saber dónde estaba ni quiénes eran los hombres que aparecían en las distintas piezas en las que debía esperarlos y satisfacer sus necesidades. Dejar que la usaran. (Zúñiga, 2014, p. 221)

La cita da cuenta de cómo “los elementos estructurales” (Crenshaw, 2012, p. 92), que van del género a la raza, pasando por clase, ocupación o edad, pueden alcanzar la completa deshumanización, en este caso, de una niña convertida en mercancía, en mero objeto de intercambio.

En lo político, la interseccionalidad visibiliza la dificultad de los discursos tradicionales para articular demandas por discriminaciones de origen multidimensional. El narrador, al respecto, nos informa: “los padres encadenados frente a la municipalidad; la protesta frente al presidente Lagos; las madres de las niñas con una imagen de cada una de ellas colgándole del cuello” (Zúñiga, 2014, p. 114). Esos fueron los modos en que se tradujo la exigencia de justicia. El reclamo por las niñas desaparecidas, expresado en el clamor de esclarecer los posibles delitos contra sus hijas, empero, posee los yerros propios de las herramientas e instrumentos usuales de la política reivindicativa, de las causas parciales.

El primero, la insuficiencia del reclamo y, más importante aún, la complejidad de hacerlo de manera que se expresen las demandas estructurales que disminuyan las condiciones de posibilidad para la violencia. Se desplazan reclamos que la población presenta históricamente y que tienen, como efecto y síntoma, los delitos contra niñas y adolescentes: pauperización laboral, comercio sexual en zonas mineras, aislamiento, educación terciaria inaccesible, irrespeto a los derechos de la infancia.

El segundo problema, es que las estrategias políticas suelen desempoderar otras luchas concomitantes. La novela nos refiere que las niñas desaparecidas por trata de blanca eran “peruanas, bolivianas, argentinas, chilenas (...) que pasaban de una casa a otra, que crecían en esos lugares, que aceptaban que aquello iba a ser su vida. No había otra posibilidad” (Zúñiga, 2014, p. 222). Se marginalizarían, así, demandas con idéntico origen y resultados: tráfico de personas de otras nacionalidades sometidas a explotación sexual. A eso, podemos agregar la violencia directa que sufrían las niñas y adolescentes desaparecidas, como en el caso de Daniela Soto (Zúñiga, 2014, p. 121-129), pero en el seno de sus propias familias o a manos de cercanos supuestamente confiables.

Por último, en el plano simbólico, la interseccionalidad hace asomar representaciones sociales y culturales sobre la niñez, la pobreza y la marginalidad, esclareciendo cómo se producen y reproducen tanto en medios de comunicación masiva como en otras expresiones del discurso público. Prueba patente de la violencia en este nivel, es cómo adquiere verosimilitud la versión de Carabineros de que las niñas se han fugado de mutuo propio. En la novela, Ximena emprende la búsqueda de Daniela Soto, su prima, antes de ser ella misma secuestrada; en ese contexto, la invitan a:

un par de radios comunales para hablar sobre su prima; incluso, fue al matinal de Telenorte [...] Ahí, frente a las cámaras, Ximena, que tenía catorce años, le habló también a su prima: si te fuiste por decisión propia, le dijo, si lo hiciste, prima, por favor dinos que estás bien. Te prometo que tus papás no te van a decir nada ni te van a obligar a volver, prima. (Zúñiga, 2014, p. 113)

El fragmento deja de manifiesto cómo la versión de una fuga voluntaria de Daniela era plausible no solo para Carabineros, que la difundía, sino también para Ximena, su prima y amiga, y para la misma familia de Daniela. Asimismo, esa explicación que depositaba toda responsabilidad y culpa en la propia víctima fue atendible para las autoridades y la población en general, como quedó demostrado en la indiferencia al conocerse las desapariciones de una quincena de niñas vulnerables, sin que suscitara un escándalo o se discutieran otras posibles razones.

Con todo, en *Racimo*, Zúñiga pone en juego lo más constitutivo de la violencia contra las mujeres: una vulnerabilidad donde “se puede cristalizar de manera patente la violencia estructural –

que se encuentra en las estructuras sociales– con la cultural– ubicada en las culturas, en los hábitos y costumbres–, y la directa”, que atenta contra las necesidades humanas más fundamentales (García-González y Fernández de la Reguera, 2017, p. 83). De ahí que sea oportuno ensayar una lectura desde la interseccionalidad y, a su vez, instalar la discriminación contra las mujeres como uno de los elementos que prefiguran las revueltas populares.

LA DIMENSIÓN SOCIOECONÓMICA: EL LENTE DE CLASES Y LA EXCLUSIÓN POR POBREZA EN ‘ITALIA’, DE ARELIS URIBE Y EJERCICIOS DE ENCUADRE DE CARLOS ARAYA

En el cuento ‘Italia’, del volumen de relatos breves, *Quiltras*, de Arelis Uribe, y la novela *Ejercicios de encuadre*, de Carlos Araya Díaz, pesquicaremos, como motivos dominantes, la expresión más clásica de la violencia estructural del neoliberalismo: las desigualdades de origen socioeconómico, expresadas en manifestaciones de clasismo y exclusión por pobreza.

Como mencionamos, el PNUD define la desigualdad como diferencias en distintas dimensiones de la vida que significan “ventajas para unos y desventajas para otros”, las que son percibidas “como injustas en sus orígenes o moralmente ofensivas en sus consecuencias” (Cociña, 2017, p. 62). Las desigualdades que se fundan en la adscripción o pertenencia de una persona a determinada clase social, según advierte el PNUD para el caso chileno, se experimentan con especial intensidad, “como diferencias en el modo en que los otros las consideran, un modo que es gatillado por marcadores de clase”, como “la forma de vestir y de hablar, el lugar donde se vive, la posición en la jerarquía organizacional y la ocupación”, haciendo que la experiencia en Chile, sea que nos miramos unos a otros “con un lente de clases, lo que afecta a la constitución misma del lazo social” (Cociña, 2017, p. 198). Esto contradice el “ideal normativo que se ha instalado con fuerza” de que “las personas son –o, más estrictamente, debiesen ser– iguales en dignidad y derechos”, por lo que “algunas actitudes de menosprecio que en el Chile de los años cincuenta se consideraban naturales hoy probablemente causarían indignación” (Cociña, 2017, p. 198).

En esta línea se mueven los relatos de *Quiltras*, de Arelis Uribe, donde ese *lente de clases* a que alude el PNUD –que podríamos identificar, menos eufemísticamente, como clasismo–, se aprecia en cada una de los cuentos que lo conforman.

Arelis Uribe es periodista, ha escrito columnas de opinión y desarrollado activismo en temas de género y feminismos. *Quiltras* es su primera publicación de ficción y reúne siete

narraciones breves que se esmeran en retratar la desigualdad que campea en Chile. Lo hace, de hecho, desde el mismo título, con la diferencia entre dos tipos de animales según su origen: la perra quiltra, que es mezcla de distintas razas y que suele vivir en la calle, y la perra con pedigrí, cuya genealogía es trazable para comprobar la pureza de su sangre. Y lo propio sucede con el epígrafe del libro, extraído de una canción del grupo Supernova: “Yo no hablo inglés, vivo en un barrio que no es burgués” (Uribe, 2016, p. 11).

Los cuentos que componen el volumen son: ‘Ciudad desconocida’, ‘Bestias’, ‘Italia’, ‘Rockerito83@yahoo.es’, ‘Bienvenida a San Bernardo’, ‘El kiosco’, y ‘Quiltras’. Como señalamos, este estudio pondrá foco en ‘Italia’, que textualiza acertadamente el *lente de clases* que impera en Chile.

En ‘Italia’, la narración está en manos de la protagonista, una joven que creció en la comuna de Quilicura y estudió pedagogía básica, carrera de la que acababa de titularse. Gracias a eso, encontró su primer trabajo como profesora, en una escuela pública de Recoleta, y vive sola “en el centro, en el piso veinte de uno de esos edificios nuevos, cerca del metro Universidad de Chile” (Uribe, 2016, p. 32). La protagonista asiste a clases de pilates en el gimnasio municipal de Providencia. Allí conoce a Italia, una niña de dieciséis años que, a diferencia suya, reside en “un barrio de casas como las de Mi pobre angelito, al borde del cerro San Cristóbal”, una casa que le “dio miedo, como dan miedo las cosas que no se conocen: la chimenea, los árboles frondosos, la camioneta gigante estacionada afuera” (Uribe, 2016, p. 32).

Italia, nos informa la narradora, ha vivido siempre en el privilegio:

estudiaba en un colegio privado al que podía ir con ropa de calle y al que podía llegar en bicicleta. La Italia en vez de decir abuelos decía *nonos* y hablaba varios idiomas además del español y conocía Europa y sabía que el día que terminara el colegio su vida iba a continuar en otro continente, lejos de acá y lejos de mí. (Uribe, 2016, p. 32)

La atracción de la protagonista por Italia es inmediata y, a poco andar, también recíproca. No tardan en establecer una relación de amistad asimétrica, marcada por la admiración y el deseo de la protagonista hacia la niña, así como encuentros sexuales tan fugaces como intensos. Esa atracción se plantea, desde un comienzo, teñida por marcadores de clase y estereotipia. La protagonista confiesa:

Me gustaba su piel pálida y comparar sus lunares café claro con los míos café oscuro. Me gustaba tocarla y sentir cerca una piel como la suya, que yo cuando chica había añorado tanto, porque en mi colegio de barrio todas las morenas estábamos enamoradas del único rubio del curso, que a su vez estaba enamorado de la única rubia. (Uribe, 2016, p. 33)

La condición social, de ese modo, comienza a imponerse como un elemento de importancia en el naciente vínculo entre ambas. La protagonista desea no solo el contacto físico y afectivo con Italia, también anhela aquello que le otorga una posición social elevada, expresada a nivel representacional, en cuestiones como la “forma de vestir y de hablar, el lugar donde se vive” (Cociña, 2017, p. 198). Así lo muestra la añoranza de la narradora cuando reflexiona:

En sus historias, yo reemplazaba a la protagonista por mí y era yo la que corregía sus dientes chuecos a los ocho años, la que había ido a restaurantes desde muy chica y había disfrutado platos mucho más complejos que pollo asado con papas fritas. Era yo la que jugaba con tíos que eran cineastas o académicos de la Chile en vez de heladeros o taxistas y era yo la que tenía pieza sola y nadaba los sábados de enero en la piscina de cemento del patio. (Uribe, 2016, p. 34)

Esa diferencia forja, además de atracción, una conciencia prístina de la desigualdad en la narradora/protagonista, siempre ostensible a través de marcadores de clase. Su experiencia, y también la de Italia, es observarse mutuamente “con un lente de clases” (Cociña, 2017, p. 198), y por ello el deseo está, a un mismo tiempo, mediatizado e intensificado por los lugares que cada una ocupa en la jerarquía social. Saben que no son iguales en una dimensión que, para la sociedad chilena, es constitutiva para la construcción del *self*, ese proceso en que el individuo evalúa su relación con el entorno, con los demás y, en consecuencias a las señales que recibe, emprende una autorreflexión que lo sitúa, a sus propios ojos, al interior del colectivo en un sitio específico.

Un pasaje que lo ilustra es cuando deciden faltar a clases de pilates. Se dirigen, en cambio, al Parque Bustamante y compran una pizza, que se comen con “los pies metidos en la laguna artificial” (Uribe, 2016, p. 34). La narradora nos cuenta:

Dije que la pizza estaba rica y la Italia se rio y me explicó que no se decía pica ni pisa ni pitsa, sino que *pizzzza*, como la zeta de un zancudo estridente. Cuando la Italia me corregía, me inundaba una amargura extraña. Me gustaba que indicara mis errores, sentía que me volvía más fuerte, más válida para estar con ella. Pero al mismo tiempo me dolía no haber nacido con todas esas sabidurías chicas que se supone son necesarias para que una persona ande firme por el mundo. (Uribe, 2016, p. 32)

Uribe textualiza aquí, de manera ejemplar, uno de los principales marcadores de clase de la sociedad chilena: el habla. Tras eso, describe el sentimiento que le provoca a quien se siente en disminuida, minusvalorada: dolor. Estas relaciones asimétricas, con desventajas para unos y ventajas para otros, como señala el estudio del PNUD sobre la desigualdad en el país, “afecta a la constitución misma del lazo social” (Cociña, 2017, p. 198).

Dicha desigualdad se expresa en cuestiones que exceden lo económico, el ingreso. El capital cultural heredado por la protagonista también cuenta con un peso particular, como enseña al decir

que le “dolía no haber nacido con todas esas sabidurías chicas que se supone son necesarias para que una persona ande firme por el mundo” (Uribe, 2016, p. 32).

La centralidad del capital cultural heredado se acentúa cuando la narradora desayuna en casa de Italia y conoce a sus padres. Nos dice:

Él era ingeniero en alguna parte y ella dramaturga y profesora universitaria. Comentaban la actualidad con la radio Cooperativa de fondo y me preguntaban qué hacía yo. (...) No me preguntaron qué hacía mi familia o dónde vivía antes. No por falta de interés, sino por delicadeza. O por educación, como diría mi papá. (Uribe, 2016, p. 37)

El barrio, la libertad y opciones de Italia, la hija, las profesiones y ocupaciones de los padres, la radio que se escucha al desayuno, configuran un perfil social nítido: una familia de origen burgués, pero con valores progresistas, no conservadores. La narradora enuncia, con bastante ironía, esa condición cuando ve con más detalle el dormitorio de Italia: “una princesa docta, una Barbie artista” (Uribe, 2016, p. 38).

Si a nivel del colectivo, las desigualdades afectan el lazo social, en lo micro, las relaciones interpersonales se ven minadas por esas diferencias. La protagonista lo evidencia cuando nos dice:

Tenía miedo de que llegara el momento de invitarla a mi casa. No me veía llevándola hasta Quilicura en micro, presentándole a mi mamá, cada día más rubia y más gorda; a mi papá, hablando con la boca llena frente a la tele; a una versión grisácea y desganada de mí misma, sentada en ese living minúsculo con piso de flexit. (Uribe, 2016, p. 39)

La narradora empieza, paulatinamente, a alejarse de Italia; luego se esconderá, cambiará el celular, dejará de asistir a clases de pilates. En paralelo, no obstante, sigue fantaseando con las experiencias de la niña y el destino que le tocaría en suerte cuando salga de su exclusivo colegio. Conjetura que se irá a Europa, con sus *nonos*, y vivirá “en Florencia o Barcelona o una ciudad así, de película del Normandie, para estudiar fotografía o pintura o teatro con marionetas” (Uribe, 2016, p. 39). La descripción irónica, nuevamente, alude a componentes decisivos del capital cultural: siguiendo los pasos de la madre, ella se abocará a tareas ligadas al arte y la expresión.

En el cuento ‘Italia’, Arelis Uribe ahonda en los sesgos de clase que, a nivel simbólico, tensionan a la sociedad chilena. En espacial en tiempos de globalización, donde el ideal moderno de que todos seamos “iguales en dignidad y derechos” (Uribe, 2016, p. 198) ha adquirido estatus normativo básico para una democracia.

Para finalizar, abordaremos otra novela que enfatiza la violencia estructural del neoliberalismo desde la dimensión socioeconómica, *Ejercicios de encuadre*, de Carlos Araya Díaz, que indaga en la exclusión social producto de la pobreza.

Nuestro análisis parte de la base que, además de carencias materiales, de satisfacción de necesidades básicas, la pobreza tiene una implicancia mayor: “la privación de capacidades que impide el desarrollo tanto del individuo, los grupos y los pueblos”, junto a la ausencia de “canales de comunicación que permitan expresar sus opiniones sobre asuntos de la vida pública fundamentales” u otros espacios de toma de “decisiones acerca de cuestiones que afectan su vida y su destino como miembro de una comunidad” (Rodríguez, 2004, p. 7). Así, la pobreza influye en los seres humanos al punto “que sus realizaciones efectivas, somáticas y mentales, están por debajo de sus realizaciones potenciales” y, toda vez que ese “potencial es mayor que lo efectivo, y ello es evitable, existe violencia” (Martínez, 1997, p. 18).

Esa violencia, en el contexto neoliberal, se acentúa por dos motivos. El primero, porque la pobreza en nuestras sociedades se concibe “como el producto del fracaso individual” (Rodríguez, 2004, p. 2); el segundo, expresado con claridad por Pierre Bourdieu, porque el individualismo exacerbado, hacen del neoliberalismo un lugar donde prima “la inseguridad, el sufrimiento y el estrés”, en una “institucionalización práctica de un mundo darwiniano de la lucha de todos contra todos” (Rodríguez, 2004, p. 3).

Estos presupuestos teóricos serán algunos de los insumos que tendremos a la vista para adentrarnos en *Ejercicios de encuadre*, ópera prima de Carlos Araya Díaz. Nacido en 1984, en Calama, en el extremo norte de Chile, Araya se ha dedicado al cine y la escritura de ficción. A la fecha, ha dirigido *El hijo pródigo* (2013) y *Propaganda* (2014), y publicado, además de la novela en comento, *Historial de Navegación* (2016) y *Población flotante* (2019).

En *Ejercicios de encuadre*, Araya pone en escena a un sujeto de 30 años que acaba de cumplir condena en la cárcel por el delito de violación, e intenta reinsertarse trabajando como guardia en una galería de Santiago centro. La obra se vale de un registro fragmentario, con textos brevísimos, en ocasiones de una o dos líneas, o bien enumeraciones o secuencias descriptivas de gran visualidad, para retratar una historia signada por el desamparo y la marginalidad. El protagonista conserva una serie de imágenes que retratan una trayectoria vital a la intemperie: su padre alcoholizado, cesante, quema el colchón donde duerme; unos años más tarde, los abandona a él y su familia sin mayor explicación; su tío ahorcado, pendiendo del techo por unos cables de cobre que él mira con curiosidad, preguntándose “[a] cuántos hombres electrocutó antes de rodear el cuello de mi tío” (Araya, 2014, p. 19); su temprana iniciación en el delito, que acaba por tenerlo con firma quincenal desde los 20 años; la rememoración, cruda y persistente, de su violación a Marcia en un sitio eriazo, mujer con la que se obsesiona y se inscribe como uno de los hilos conductores del relato.

Un fragmento puede resumir el espíritu de la novela y su relación con la pobreza como violencia estructural. El narrador/protagonista nos dice: “Cuando niño soñaba con ser un director de cine, pero esto es lo mejor que pude conseguir” (Araya, 2014, p. 42). Como señala Martínez (1997), cuando el desarrollo físico y mental no alcanzan las “realizaciones potenciales”, haciendo que el potencial de ese individuo sea mayor a lo que efectivamente la sociedad le permite lograr, “existe violencia” (18).

A esa declaración lapidaria, se suma la referencia a acontecimientos que marcaron la cultura de masas, por develar la injusticia y falta de oportunidad de ciertos grupos. Destacamos tres, que enseñan esta forma de violencia de manera diacrónica: en los ochenta, noventa y dos mil. El narrador confidencia, primero: “Aún conservo el autógrafo de Jorge González en la portada del casete *La voz de los ochenta*” (Araya, 2014, p. 16); luego, señala que en la céntrica galería donde trabaja, “fue filmada la película *Johnny Cien Pesos*” (Araya, 2014, p. 17); finalmente, que en esos pasillos mal iluminados “paseaba Hans Pozo con el heladero” (Araya, 2014, p. 18).

Las citas intertextuales marcan una lamentable cronología de tres décadas, en las que no parecen haberse aplacado la desigualdad y exclusión social. En los ochenta, la referencia a la banda de rock Los Prisioneros es nítida, no solo por haber sido un grupo de música contestatario y representativo del malestar contra la dictadura y su modelo de sociedad, sino, sobre todo, porque las movilizaciones del ‘Despertar de Chile’, cuarenta años después, tuvieron la canción *El baile de los que sobran* como himno indiscutido. La cinta *Johnny Cien Pesos*, en tanto, estrenada en los primeros años de la transición política a la democracia, cuenta el asalto con rehenes que perpetró Marcelo Gómez, un joven escolar que comparte varios rasgos con el protagonista de la ficción en comentario: haber sido abandonado por el progenitor, vivir en la periferia santiaguina junto a su madre, comenzar tempranamente a trabajar y delinquir. Por último, Hans Pozo remite al descuartizamiento y asesinato que remeció a la sociedad chilena en 2006, en la comuna de Puente Alto. Comenzó con un perro callejero trayendo en su hocico uno de los pies de la víctima, un joven cuya vida estuvo atravesada por las vulneraciones a que está sometido un sujeto marginal, y terminó con el hallazgo del torso del muchacho en un basural.

El protagonista, hacia el final, le advierte al lector que se aproxima la debacle, como si de una tragedia se tratara, haciéndose cargo de las huellas deterministas que todavía ostenta la pobreza extrema. Dice: “A veces pienso que es mejor robar que cagarme los ojos vigilando para alguien que ni sabe quién soy” (Araya, 2014, p. 113). Como indica Rodríguez (2004), una persona en situación de pobreza ve limitados los espacios para la toma de “decisiones acerca de cuestiones que

afectan su vida y su destino como miembro de una comunidad” (p. 7). La libertad, cuando se carece de oportunidades, se reduce a un espectro reducido de posibles tomas de decisiones; en este caso, la de volver a cometer un delito, aparece como una de las pocas que el protagonista maneja, uno de los escasos destinos que puede elegir para sí y que reconoce como propio.

Esta insatisfacción con su trabajo puede interpretarse, por otro lado, como respuesta a la precariedad laboral inherente al neoliberalismo. En ese sentido, no parece casual que se trate de una ocupación ejemplarmente pauperizada: en Chile, la seguridad privada siempre se externaliza (como el aseo o la atención telefónica a clientes de grandes empresas), presenta remuneraciones escuálidas por no requerir mayor cualificación y se organiza con una flexibilidad horaria que beneficia de costumbre al *Outsourcing*, no al trabajador. Así lo deja en evidencia el aviso por el que acude el protagonista, referido en extenso en la novela:

Empresa de seguridad seria y responsable necesita guardia de seguridad para galería comercial en Santiago Centro. Con o sin curso OS 10 (...).
 Requisitos:
 Cuarto medio rendido
 Fotocopia del carnet de identidad por ambos lados.
 Capacidad de trabajar bajo presión. (...)
 Turno 6 x 1 (Dos domingos libres al mes). (Araya, 2014, p. 81)

En *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno*, volumen de artículos elaborado por las y los investigadores del Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder (NUMAAP), Antonio Stecher y Vicente Sisto (2019) establecen:

... que los procesos de precarización del empleo y de las experiencias de trabajo que han caracterizado al mundo laboral en Chile durante las últimas décadas constituyen una clave fundamental para comprender las experiencias de indignidad, injusticia y falta de reconocimiento que están a la base de la movilización social y las demandas ciudadanas. (p. 38)

En el mismo libro, Pamela Frías y Magdalena Garcés indican que “dados los menores soportes que ofrece hoy el trabajo”, una experiencia laboral es “vívida como un tipo de violencia o amenaza a la dignidad personal” (Frías y Garcés, 2019, p. 142).

Es interesante reparar que, en la obra, la incomodidad del protagonista no estriba en el trabajo mismo, sino en la sensación de anonimato frente a quien paga porque lo ejecute, cuando dice: “es mejor robar que cagarme los ojos vigilando para alguien que ni sabe quién soy” (Araya, 2014, p. 113). La contrariedad aparece por su invisibilización en tanto sujeto, poniendo de relieve la exigencia de ser “iguales en dignidad y derechos”, donde se respete el “principio de igualdad en dignidad” (Cociña, 2017, p. 198) que funda toda promesa democrática. La sensación del protagonista es cónsona con la experiencia del ‘Despertar de Chile’, que hace palmaria la vigencia

del principio: basta examinar cómo la palabra *dignidad* se transformó en un concepto clave: se bautizó Plaza de la Dignidad al epicentro de las manifestaciones; se creó, en medio de la crisis, el Partido por la Dignidad; se hizo común en los graffitis y pancartas la frase ‘hasta que la dignidad se haga costumbre’.

Su trabajo como guardia de seguridad ofrece una segunda lectura, en línea con lo que acabamos de plantear. Al inicio del libro, el narrador nos informa: “Se me paga para mirar a través de una cámara de seguridad por ocho horas al día. Un plano secuencia interminable. Un monitor que me cierra o me abre al mundo” (Araya, 2014, p. 8). Su nuevo oficio, de esta manera, viene a actualizar su anhelo de transformarse en “un director de cine” (Araya, 2014, p. 42) y cumplir con las “realizaciones potenciales” (Martínez, 1997, p. 18) que la violencia del sistema neoliberal le han negado. Esta idea se instala desde el título mismo de la obra, pues la cámara con que ausculta la galería, en su puesto de vigilancia, le permite realizar infinitos ejercicios de encuadre de ese luctuoso espacio capitalino. El punto se explicita cuando señala: “A veces pienso que este video interminable es cine” (Araya, 2014, p. 53), lo que después se refuerza con términos y expresiones asociadas a la cinematografía que irrumpen en cada fragmento, llegando a la hipérbole de un texto donde leemos: “Sonido, corre. Cámara, corre: Plano uno, toma 10. Clap. Acción [...] Corte. Se imprime” (Araya, 2014, p. 104).

El mundo creado por Araya enfatiza la desolación y decadencia de la experiencia marginal. Y el centro de Santiago es un sitio conveniente para ello. Sobre la galería donde es guardia, el protagonista dice que se rumorea “que en el piso cinco, hay un prostíbulo con mujeres de toda Latinoamérica” y que “atienden los abogados de los narcos, timadores, mecheros, lanzas y ocasionales” (Araya, 2014, p. 17); o que una familia completa “vive del cine porno instalado en el subterráneo” (Araya, 2014, p. 62), con padre, madre y hermanos repartidos las tareas de administración, y un niño pequeño, que recorre en triciclo las instalaciones del cine, es cuidado por la abuela (Araya, 2014, p. 62). Un centro comercial como albergue metropolitano de la vida lumpenizada: una vieja traficante es vigilada por la PDI, los vidrios oscuros enseñan apenas las siluetas de un café con pierna, un menesteroso ingresa con un colchón a pernoctar, la sangre de un perro ciego que gime lo inunda todo.

El narrador/protagonista recuerda también que, siendo escolar, con una compañera compra “un pack de cervezas y mientras escuchábamos a un predicador de la Plaza de Armas nos dimos varios besos con lengua” (Araya, 2014, p. 38). Esa presencia de predicadores atraviesa el libro, incluso transcribe fragmentos de una prédica, sumando al aire de miseria y fragilidad que cruza la

obra, una atmósfera apocalíptica. Junto a los predicadores, el tono del narrador y los escenarios que aborda, emparentan la novela con la prosa de Diamela Eltit, aunque Araya no alcanza la densidad crítica de la autora, ni tampoco busca la experimentación; de hecho, jamás se aleja de un realismo que se va acentuando hacia el final.

Con todo, Araya Díaz logra escenificar la pobreza en tanto “privación de capacidades que impide el desarrollo tanto del individuo, los grupos y los pueblos” (Rodríguez, 2004, p. 7), con múltiples y diferentes encuadres al Chile neoliberal que habitamos.

A modo de conclusión, creemos que investigar los vínculos entre la narrativa reciente y el ‘Despertar de Chile’, es fructífera, acreditando que la violencia estructural del neoliberalismo puede rastrearse como motivo dominante en diversas piezas de dicha producción escritural. Este tipo de estudios permiten (re)pensar el significado de las revueltas de octubre y, aun mejor, pispar la dirección y horizonte de un movimiento social todavía en curso. Por último, una indagación como esta, releva las claves y sentidos que proporciona la literatura para interpretar e interpelar a su mundo y su época.

REFERENCIAS

- Amaro, L. (2014). Parquecitos de la memoria: diez años de narrativa chilena (2004-2014). *Revista Dossier*, 26, diciembre, 35-41.
- Ahumada, J. M. (2020) Una revisión socialista a la crítica (neoliberal) al neoliberalismo. *Heterodoxia*, 4, 17-23.
- Araya Diaz, C. (2014). *Ejercicios de encuadre*. Editorial Cuneta.
- Bourdieu, P. (1997). La Esencia del Neoliberalismo. *Revista Colombiana de Educación*, 35(II), 1-5. <https://doi.org/10.17227/01203916.5426>.
- Cociña, M. (2017). *Desiguales: Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Crenshaw, K. W. (2012). Cartografiando los márgenes: interseccionalidad, políticas identitarias, y violencia contra las mujeres de color. En Platero Méndez, R. L. (Coord.), *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada* (87-122). Bellaterra.

- De la Fuente, O. P. (2003). *Pluralismo cultural y derechos de las minorías*. Tesis doctoral. Universidad Carlos III de Madrid.
- Frías, P. y Garcés, M. (2019) El malestar “prendió”: reflexiones sobre las experiencias de trabajo de las y los jóvenes en Chile. Araujo, K. (Ed.), *Hilos tensados. Para leer el octubre chileno (127-148)*, USACH.
- García-González, D. E y Fernández de la Reguera Ahedo, A. (2017). Trascender la violencia de género desde el reconocimiento ético: un diálogo entre la filosofía y la empiria en contextos migratorios. *Universum*, 32(1), 77-94.
- González, D. G. y Candia-Cáceres, A. (2017). Geografías invisibles de la globalización: Bolaño, Almada y Zúñiga. *Anales de literatura chilena*, 28, 79-94.
- La Parra, D. y Tortosa, J. M. (2003). Violencia estructural: una ilustración del concepto. *Documentación social*, 131(3), 57-72.
- Martínez Román, M. A. (1997). Pobreza y exclusión social como formas de violencia estructural: la lucha contra la pobreza y la exclusión social es la lucha por la paz. *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*, 5, 17-36.
- Rivera-Soto, J. (2017). ¡Muerte a Voltaire! El crepúsculo de los ilustrados en *La literatura nazi en América* de Roberto Bolaño. *Revista de Letras, São Paulo*, 57(1), 99-117.
- Rodríguez, F. (2004). La pobreza como un proceso de violencia estructural. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, X(1), 42-50.
- Stecher, A. y Sisto, V. (2019). Trabajo y precarización laboral en el Chile neoliberal. Apuntes para comprender el estallido social de octubre 2019. Araujo, K. (Ed.), *Hilos tensados Para leer el octubre chileno* (pp. 37-82). USACH.
- Uribe, A. (2016). *Quiltras*. Los libros de la mujer rota.
- Van Hoey, E. (2019). *La violencia de género (el femicidio) y su representación en Chicas muertas de Selva Almada y Racimo de Diego Zúñiga. La denuncia y la memoria en una crónica y una novela del cono sur*. Tesis. Facultad de Artes y Filosofía, Universidad de Gante.
- Villalobos-Ruminott, S. (s.f.). *Anatopía de la insurrección (Revolta de la teoría)*. Ediciones La moneda falsa.
- Zúñiga, D. (2014). *Racimo*. Penguin Random House.